

GRAHAM GREENE: ESPÍA, CATÓLICO, NOVELISTA E "HINCHA" DE BORGES

MADRID. Por Armando R. Puente (corresponsal en ESPAÑA).

En su rostro impasible, que huye de la sonrisa y del gesto aun más que de los flashes del fotógrafo, se destacan sus ojos de un azul clarísimo, velados por el tedio. "Nuestra época es muy peligrosa, muy desagradable y sobre todo muy aburrida. Por eso escribo y viajo tanto, para matar el tiempo", dice.

Ha recorrido los cinco continentes, con una especial atracción por los lugares exóticos y violentos: Vietnam, Líbano, Rodhesia —"cuando la lucha contra el Mau-Mau"—; y América latina: Cuba —"con Batista y juego con Fidel"—, Chile, Paraguay, Argentina.

"Me gustan sus grandes espacios, la Pampa, la Quebrada de Humahuaca, más que recrearme en el rincón de un museo".

De Argentina, además de sus paisajes, recuerda con singular afecto a Borges:

"Nos conocimos personalmente en Buenos Aires, un día que comimos con la hermana de Victoria Ocampo. Pronto surgió entre los dos una afinidad: sentimos dedicación por los mismos escritores, Dickens, Balzac, Cervantes..."

Como Borges, Graham Green es el eterno candidato al Premio Nobel.

"Seguiré esperando porque creo que antes deben dárselo a Borges. Además yo soy un escritor muy popular, mi estilo es muy sencillo y una veintena de mis obras han sido llevadas al cine. Razones todas para ser rechazado por los académicos de Estocolmo".

Este inglés impasible, compañero del whisky, que viaja y escribe para huir del aburrimiento, ahora trabaja en su casita de Antibes, en la Costa Azul, en una nueva novela que se titulará "Caminos para evadirse".

"Estoy condenado —como Jorge Luis— a esperar el Nobel; pero como soy muy popular y casi todas mis obras llegaron al cine, los académicos de Estocolmo me rechazan"



"Escribo doscientas palabras diarias. Con eso tengo suficiente para calmar a mi editor".

No admite la calificación de escritor católico, que le han dado para siempre los periodistas.

"Yo soy un escritor y, además, o mejor sería decir primero, soy católico. No soy, de ninguna manera, un novelista católico. Creo que, por ejemplo, el tratar en una obra el tema de la soledad en que vive el hombre cuando no tiene a Dios no define a un escritor como católico. Puede ser visto, como decía el cardenal Newman, de diversas maneras, según la confesión religiosa o las ideas de cada cual."

—Pero el problema de la trascendencia del hombre, la búsqueda de lo religioso, están de una u otra forma en todas sus obras —le replicamos.

—No en todas, pero sí en muchas. Pero fijese usted cuál es la alternativa del individuo en una sociedad como la nuestra, el mundo occidental, que ha perdido casi todos los valores y creencias: para los jóvenes, que ya no tienen bases fundamentales donde apoyarse, los extravagantes mitos orientales o la droga. Algo terrible.

Otra pregunta es inevitable:

—Usted trabajó en el servicio secreto británico, de

donde han salido muchos de sus argumentos, ¿no es así?

—El Intelligence Service me llamó en 1941, casi al comienzo de la segunda guerra mundial, para colaborar. Necesitaban personas que supieran algo de África, ya sabe usted, nuevas colonias... El contacto fue mi hermana Elizabeth que había trabajado antes en el servicio secreto. Por eso le he dedicado mi novela "El factor humano" diciéndole allí que "no puedo eludir cierta responsabilidad sobre el tema. Estuve en África tres años y luego en Londres. Mi jefe era Kim Philby, mis compañeros Burgess, MacLean..."

—Los que luego se descubrió que eran agentes dobles y servían a Moscú...

—En efecto. Eran chicos muy cultos, educados en Cambridge. Les gustaba hablar, beber y soñar. Teníamos que pasar muchas horas juntos, con los menores contactos con el exterior para que no se filtraran nuestros secretos...

—¿Está satisfecho de cómo ha reflejado el cine ese mundo descrito en sus novelas?

—Desde luego, estoy satisfecho de "El tercer hombre". Hace poco volví a verla y pienso que conserva su impacto. También me ha gustado "El ídolo caído" "Brighton Rock".

—¿Qué va a hacer en España?

—Esta vez he venido pocos días, a recibir la Medalla de Oro de Madrid. Me gusta Andalucía, sobre todo Sevilla, y Galicia, sobre todo el vino de Ribeiro. Y, por supuesto, Salamanca. No dejaré de ir allí a rezar ante la tumba de Unamuno. Me emociona esa pequeña tumba, reflejo de la inteligencia que es siempre algo profundo y escondido. En cambio no puedo aguantar el Valle de los Caídos, ese monumento gigantesco, faraónico, donde está enterrado Franco ■